

Homilía de XVI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Sentada a los pies del Señor”

Pautas para la homilía

No olvidar la hospitalidad

La hospitalidad ha formado parte de la vivencia cristiana desde los inicios. En la Carta a los Hebreos leemos: *“No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles”* (Hb 13,2). Esta acción misericordiosa no es privativa del cristianismo. En muchos pueblos y culturas ha estado y sigue estando presente. En espacios geográficos agrestes, difíciles y desafiantes (desiertos, estepas, tupidos bosques...) el ejercicio de la hospitalidad está unido a la supervivencia.

En el cristianismo occidental, durante siglos, la hospitalidad ha estado estrechamente relacionada con los monasterios, sobre todo masculinos, y más concretamente, con la institución de la hospedería y el albergue de viajeros y peregrinos cuya función social y religiosa era proporcionar refugio, alimento, protección, descanso, asistencia y consuelo espiritual a los que se encontraban de camino.

En nuestro tiempo es un valor ético que apunta en la dirección de la sanación de alguna vulnerabilidad. Lo vulnerable hace referencia a lo que es frágil y más en concreto a lo que puede ser herido. La hospitalidad está en la línea y horizonte de la curación de heridas y sufrimientos. Siguiendo la primera lectura de este domingo, Sara se sentía muy vulnerable porque pasaba el tiempo y no quedaba embarazada y cada día se veía más desplazada por Agar, su esclava, por ya haber tenido un hijo, Ismael, de su marido. La hospitalidad que Abrahán, marido de Sara, dio a tres forasteros cambiará la situación.

Recibir a alguien no es lo mismo que acogerlo e integrarlo

En el camino a Jerusalén, Jesús es recibido, como visita, en casa de Marta, donde también vivía su hermana María. Como suele acontecer cuando se recibe a una visita, la anfitriona, Marta, se preocupa por atender a su invitado. Jesús debía estar diciendo algo interesante. Marta quería escucharlo, por eso reclama a Jesús que le diga a su hermana que le ayude. La respuesta de Jesús demuestra su gran sensibilidad y delicadeza, la elogia y al tiempo la orienta: además de recibir, hay que acoger; y yo añado: integrar. Marta recibió a Jesús, María lo acogió e integró a su casa.

Jesús se encuentra en viaje a Jerusalén. El motivo de su viaje tiene que ver con la predicación del Reino de Dios. Los motivos por los que muchos, en nuestros días, se ponen en camino son variados, pero, en la mayoría de los casos, tienen que ver con situaciones de pobreza, guerra, exilios forzados, persecuciones... personas migrantes en busca de algún refugio, de un nuevo hogar donde vivir. Los refugiados constituyen un drama prioritario de nuestro tiempo. En la tradición y espiritualidad cristiana dar asistencia y hospedaje al forastero (cfr. Mt 25,35 y ss.) forma parte de nuestra espiritualidad y modo de ser cristiano.

Abrir nuestras fronteras ante este drama humanitario del siglo XXI no es poco, pero tampoco es suficiente. La verdadera solidaridad nos debiera empujar más allá del solo recibir y la atención primaria, que siempre será necesaria, nos debiera poner en situación de escucha y participar de sus sueños y proyectos porque los que vienen hasta nosotros, casi siempre vulnerables, nos pueden enriquecer.

La parte que nadie quitará

Los creyentes del Evangelio son aquellos que, como dice San Juan, escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. El Evangelio no es una doctrina, sino un camino de sanación, de curación y de liberación. Según San Pablo, el primer órgano del cuerpo humano implicado en el Evangelio es el oído, ya que es en la escucha cuando la fe, que habita en nuestro interior, puede ser despertada. El Evangelio es vida porque es Palabra de Dios. La fe despertada, vivida y celebrada es la que crea y forma la Iglesia, comunidad de los creyentes.

La fortaleza de la Iglesia reside en el coraje y vigor de la escucha de la Palabra de Dios, una escucha atenta y fiel a las palabras de Jesús porque sus dichos y palabras son verdad y llevan el sello de la vida eterna. Esforzarse por escuchar la Palabra de Dios es algo serio; el que se compromete con esa escucha se pone en situación de riesgo, lo saca de sus quehaceres cotidianos y lo proyecta en ese ‘misterio escondido’ de Dios que no es sino su amor misericordioso por cada uno de nosotros.

San Pablo en la Carta a los Romanos (8,35) se preguntaba quién o qué podría separarnos del amor de Dios, su respuesta fue que nada ni nadie. Dios hizo su tienda entre nosotros, el Espíritu del Señor resucitado es quien da aliento y sentido a todos los creyentes del Evangelio, es quien hace Verdad nuestras celebraciones. En la acogida es donde se verifica el amor inmenso de Dios y hacia Dios. Ojalá que los muchos afanes no nos distraigan de lo verdadero y esencial.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.

Misionero dominico en la Amazonía peruana